

No debe una casarse así como así, sin conocer siquiera á su futuro.

Y siguieron hablando de sí como hubieran podido hacerlo dos antiguas amigas.

Cuando salió el sol, todavía estaban hablando.

XII

En ocho días tomó Rosalía el gobierno absoluto de las cosas y gentes del castillo. Juana obedecía pasivamente. Débil, y arrastrando los pies como antiguamente mamaíta, salía del brazo de su criada, que la hacía pasear poco á poco, la sermoneaba, la consolaba con frases tiernas y bruscas, tratándola como á una niña enferma.

Siempre estaban hablando del pasado; Juana con lágrimas en los ojos, Rosalía con el tono tranquilo de los aldeanos impasibles. La antigua doncella volvió varias veces sobre la cuestión de los intereses que se pagaban; luego exigió que Juana, que no entendía nada de esto, la entregase los papeles que guardaba, avergonzada por su hijo. Durante una semana, Rosalía hizo un viaje diario á Fécamp para que un No-

tario á quien ella conocía la explicase bien todas aquellas cosas.

Una noche, después de haber acostado á su señora, se sentó á la cabecera del lecho, y la dijo sin preparación ninguna:

—Ahora, señora, vamos á hablar un rato.

Y expuso la situación.

Arreglado todo, quedarían unos siete ú ocho mil francos de renta: nada más.

Juana respondió:

—¿Y qué quieres, hija mía? Siento que no haré los huesos duros; siempre tendré bastante para mí.

Pero Rosalía se incomodó.

—Para vos, señora, es posible; pero y á M. Pablo, ¿no pensáis dejarle nada?

Juana se estremeció.

—Te lo ruego, no me hables nunca de mi hijo. Cuando pienso en él, sufro mucho.

—Por el contrario, quiero hablaros de él, porque vos no estáis para eso, señora Juana. Hace tonterías; pues bien, algún día dejará de hacerlas, se casará, tendrá hijos, necesitará dinero para criarlos. Escuchadme bien: vais á vender los *Pueblos*.

De un salto se sentó Juana en el lecho.

—¡Vender el castillo! ¿En eso piensas? ¡Oh! Nunca.

Pero Rosalía no se dió por vencida:

—Os digo que lo venderéis, y lo venderéis porque hace falta.

Y explicó sus cálculos, sus proyectos, sus pensamientos.

Una vez vendidos el castillo y las dos granjas colindantes á un aficionado con quien se había visto, la quedarían cuatro granjas situadas en Saint-Leonard, y que, libres de toda hipoteca, constituirían una renta de ocho mil trescientos francos. Dejando á un lado mil trescientos francos anuales para la conservación y entretenimiento de la hacienda, quedarían siete mil francos, de los cuales se sacarían cinco mil para los gastos de la casa, reservando otros dos mil para formar un fondo de previsión.

Y añadió:

—Todo lo demás se lo ha comido. Ya no hay nada. En adelante, yo seré quien tenga la llave, ¿entendéis? Y en cuanto á M. Pablo, no le daremos nada, pero nada; capaz sería de quitarnos hasta el último céntimo.

Juana, que lloraba en silencio, murmuró:

—Pero, ¿y si no tiene qué comer?

—Si tiene hambre, vendrá, y siempre tendremos cama y comida para él. ¿Creéis que habría hecho tanta necedad si desde un principio no le hubierais dado nada?

—Pero tenía deudas; se hubiera deshonrado.

—Cuando no tengáis ya nada, ¿dejará de contraerlas? Habéis pagado, bueno; pero no pagaréis más; de eso respondo yo. Ahora, señora, buenas noches.

Y se fué.

Juana no durmió, trastornada por la idea de vender el castillo, de salir de él, de abandonar aquella mansión á que estaba enlazada su vida toda.

Cuando al otro día vió entrar en su cuarto á Rosalía, la dijo:

—Hija mía, nunca podré decidirme á salir de aquí.

Pero la criada se incomodó.

—Pues será preciso que os determinéis, señora. Va á venir el Notario, acompañando al señor que desea comprar el castillo. Sin esto, dentro de cuatro años no tendréis qué comer.

Juana estaba anonadada, y repetía:

—¡No podré, no podré!

Una hora después, el cartero la entregó una carta de Pablo, que pedía diez mil francos más. ¿Qué hacer? Trastornada, consultó á Rosalía, que alzó los brazos al cielo:

—¿Qué os decía yo, señora? ¡Ah! ¡Buenos estaríais los dos si yo no hubiera venido!

Y plegándose á la voluntad de su criada, Juana contestó al joven:

«Mi querido hijo: Ya no puedo hacer nada por ti. Me has arruinado, y hasta me veo obligada á vender el castillo. Pero no olvides que tendré siempre un abrigo para ti el día en que quieras venir á refugiarte al lado de tu anciana madre, á quien has hecho sufrir mucho.

JUANA.»

Y cuando llegó el Notario con M. Jouffrin, ex refinador de azúcar, ella misma los recibió, invitándoles á que visitasen detenidamente la posesión. Un mes después firmaba la escritura de venta, y compraba al mismo tiempo una casita de poca apariencia, situada cerca de Go-

derville, sobre la carretera de Montvillers, en la aldea de Batteville.

Luego, hasta la noche, se paseó, completamente sola, por la avenida de mamaíta, con el corazón desgarrado y el alma angustiada, dirigiendo al horizonte, á los árboles, al banco de césped que se alzaba bajo el plátano, á todas aquellas cosas tan conocidas y que parecían haber entrado en sus ojos y en su alma; al bosquecillo, al talud que había delante de la landa y en el cual se había sentado tantas veces y desde el cual había visto correr en dirección al mar al conde de Fourville el día terrible de la muerte de Julián, á un viejo olmo sin cabeza, contra el cual solía apoyarse, á todo aquel jardín amigo, despedidas desesperadas y sollozantes.

Rosalía vino á cogerla del brazo para obligarla á entrar.

Un aldeano alto, de veinticinco años, estaba esperando á la puerta. La saludó familiarmente, como si la conociera hacía mucho tiempo:

—Buenos días, señora Juana; ¿vamos bien? Madre me ha dicho que viniera para hacer la mudanza, y quisiera saber lo que vais á llevaros para irlo mudando de cuando en cuando, con

objeto de no descuidar las faenas del campo.

Era el hijo de su criada y de Julián, el hermano de Pablo. Creyó que su corazón dejaba de palpar, y, sin embargo, de buena gana habría abrazado á aquel mozo.

Mirábale, tratando de ver si se parecía á su marido, si se parecía á su hijo. Era colorado, vigoroso; tenía los cabellos rubios y los ojos azules de su madre. Y, sin embargo, se parecía á Julián. ¿En qué? ¿En qué? No lo podía decir, pero había algo del vizconde en el conjunto de su fisonomía.

El mozo continuó:

—Si pudierais enseñarme todo eso en seguida, os lo agradecería mucho.

Pero no sabía aún todo lo que se decidiría á llevar, porque su nueva casa era muy pequeña, y le rogó que volviese á últimos de semana. Desde entonces la mudanza la preocupó, trayendo una triste distracción á su vida sombría y monótona.

Y de habitación en habitación iba buscando los muebles que le recordaban algún suceso; muebles amigos de esos que forman parte de nuestra vida, casi de nuestro ser, conocidos

desde la juventud, y á los cuales van unidos recuerdos de alegrías ó tristezas, fechas de nuestra historia, que han sido mudos compañeros de nuestras horas dulces ó sombrías, que han ennegrecido, que se han gastado junto á nosotros, cuya funda está ahuecada por asientos cuyos dobleces están rotos, cuyas juntas se sueltan, y cuyo color se borra.

Uno á uno los escogía, vacilando á veces, turbada como antes de tomar determinaciones capitales, volviendo á cada paso sobre su decisión, compulsando los méritos de dos sillones ó de algún viejo *secretaire* comparado con una antigua mesa de labor.

Abría los cajones, trataba de recordar los hechos; y cuando se había dicho varias veces:

—Sí, me llevaré esto, bajaba el objeto al comedor.

Quiso conservar todo el mobiliario de su cuarto, su lecho, sus alfombras, su reloj; todo. Cogió unas cuantas sillas del salón, aquellas cuyo dibujo la había gustado más en su niñez, el zorro y la cigüeña, el zorro y el cuervo, la cigarra y la hormiga, y el erizo melancólico.

Luego, visitando todos los rincones de la

mansión que se disponía á abandonar, subió un día al desván.

Grande fué su asombro; había allí una porción de objetos de todas clases, rotos los unos, sucios solamente los demás, subidos algunos sin saber por qué, porque no gustaban ya, porque habían sido reemplazados. Veía mil cosas que conocía de antiguo, y que de pronto habían desaparecido sin que ella hubiera pensado en ello; nonadas que había manejado, pequeños objetos insignificantes que durante quince años habían pasado junto á ella, que había visto diariamente, sin fijarse en ellos, y que al hallarlos de pronto en aquel desván, al lado de otros más antiguos, de los que se acordaba perfectamente, en los primeros tiempos de su llegada al castillo, adquirían súbitamente la importancia de testigos olvidados, de amigos vueltos á encontrar. Le hacían el efecto de esas personas á quienes se ha frecuentado mucho sin que nunca se haya revelado, y que una tarde, de pronto, á propósito de nada, se ponen á charlar sin fin, á mostrar toda un alma cuya existencia nadie sospechaba.

Iba de uno en otro, estremeciéndose, y decía:

—¡Calle! Esta taza de China la rompí yo una tarde unos días antes de mi casamiento. ¡Ah! Aquí está la linterna de mamá y el bastón que papá rompió una tarde al abrir la empalizada, cuyas maderas había hinchado la nieve.

Asimismo había allí muchas cosas que no conocía, que no la recordaban nada, procedentes de sus abuelos ó tatarabuelos; esas cosas empolvadas que parecen desterradas en un tiempo que no es el suyo, y que parecen sentir su abandono, cuya historia no sabe nadie, porque nadie ha visto á los que las eligieron, las compraron, las poseyeron, las amaron, ni ha conocido las manos que las manejaban familiarmente ni los ojos que las miraban con placer.

Juana las tocaba, las volvía, dejando señalados sus dedos en el polvo acumulado sobre ellas; y permanecía allí, en medio de estas antigüedades, á la pálida luz que se filtraba por algunas vidrieras empotradas en el techo.

Examinaba minuciosamente sillas de tres pies, pensando en si no la recordaban algo: una tina de metal, un calentador desfondado, que creía reconocer, y un monton de utensilios de cocina inservibles.

Así hizo una lista de lo que se quería llevar, y cuando bajó, envió á Rosalía á que lo sacase. Indignada ésta, se resistía á bajar «tanta porquería.» Pero Juana, no obstante su ninguna fuerza de voluntad, se resistió esta vez, y fué preciso obedecerla.

Una mañana, Dionisio Lecoq, el joven labrador, hijo de Julián, llegó con su carreta para hacer el primer viaje. Rosalía se fué con él á fin de subir y colocar los muebles en el sitio que debían ocupar.

Una vez sola, púsose Juana á vagar por las habitaciones del castillo, presa de una horrible crisis de desesperación, abrazando, en transportes de amor exaltado, todo aquello que no se podía llevar, los grandes pájaros blancos de los tapices del salón, viejos jirones, todo lo que encontraba. Iba de una habitación en otra, como una loca, con los ojos llenos de lágrimas. Después salió para despedirse del mar.

Eran aquellos los últimos días de Septiembre; un cielo bajo y gris parecía pesar sobre la tierra; las olas, tristes y amarillentas, se alejaban hasta perderse de vista. Largo tiempo permaneció en pie sobre la playa, dando vueltas á

pensamientos torcedores. Luego, al entrar la noche, volvió al castillo, después de haber sufrido en aquel día tanto como en sus más grandes pesares.

Rosalía había vuelto, y la esperaba, encantada con la nueva casa, que, á su entender, era mucho más alegre que aquel gran caserón, que ni siquiera estaba situado en una carretera.

Juana se pasó llorando toda la noche.

Desde que supieron que el castillo no era suyo, los colonos no tenían con ella más que estrictamente las atenciones que la debían, llamándola entre sí «la Loca,» sin darse cuenta de por qué lo hacían, sin duda porque con su instinto de brutos adivinaban su sentimentalismo enfermizo y creciente, sus exaltados desvaríos, todo el desorden de su pobre alma, sacudida por la desgracia.

La víspera de su marcha entró casualmente en la cuadra. Un gruñido la hizo estremecer. Era *Matanza*, en quien no pensaba hacía varios meses. Ciego y paralítico, en una edad á que llegan pocos de estos animales, vegetaba aún sobre una cama de paja cuidada por Ludivina, que no se olvidaba de él. Juana le cogió en

brazos, le dió un beso y se lo llevó á la casa. Gordo como un tonel, arrastrábase apenas sobre sus patas, abiertas y rígidas, y aullaba como esos perros de madera que sirven de juguete á los niños.

Amaneció el último día. Juana se había acostado en el antiguo cuarto de Julián, porque el suyo no tenía ya muebles.

Salió del lecho extenuada y jadeante, como si acabara de dar una gran carrera. El carro que llevaba las maletas y el resto del mobiliario estaba ya cargado en el patio. Otro carro de dos ruedas estaba preparado para conducir á la señora y su criada.

El tío Simón y Ludivina se quedarían en la casa hasta que llegase el nuevo propietario; luego se retiraban á casa de unos parientes. Juana les había constituido una pequeña renta. Además, tenían economías. Eran á la sazón servidores muy viejos, inútiles y charlatanes. Mario, que se había casado, vivía hacía tiempo fuera del castillo.

A eso de las ocho empezó á caer una lluvia helada y menuda, traída allí por una ligera brisa del mar. Hubo que esperar las cubiertas para

el carro. Las hojas empezaban á desprenderse de los árboles.

Sobre la mesa de la cocina humeaban unas tazas de café con leche. Juana se sentó delante de la suya, bebiéndola á pequeños sorbos, levantándose al concluir:

—¡Vámonos! dijo.

Se puso su sombrero, su chal, y mientras Rosalía la calzaba unos chanclos, murmuró muy emocionada:

—¿Te acuerdas, hija mía, cómo llovía cuando salimos de Rouen para venir aquí?

Dióle una especie de espasmo; se llevó ambas manos al pecho y cayó de espaldas sin conocimiento. Durante más de una hora estuvo como muerta; por fin abrió los ojos, y grandes convulsiones la atacaron, acompañadas de un copioso llanto.

Cuando se sintió algo calmada, se halló tan débil, que no podía levantarse. Pero Rosalía, que temía nuevas crisis si se retardaba la marcha, fué á buscar á su hijo. Entre los dos la cogieron, la sacaron, la metieron en la berlina, sobre el banco de madera cubierto de cuero encerado; y la antigua criada, que subió junto

á Juana, envolvió sus piernas, la cubrió los hombros con un fuerte mantón, y tapándola con un paraguas, exclamó:

—¡Vámonos, Dionisio, vámonos aprisa!

El joven trepó al lado de su madre, y sentándose de lado, por falta de sitio, lanzó al trote su caballo, cuya marcha precipitada hacía saltar á las dos mujeres.

Al volver una esquina del pueblo vieron á una persona que se paseaba á lo largo del camino: era el padre Tolbiac, que estaba allí como espionando su partida.

Hizo alto para dejar pasar el coche. Con una mano se levantaba la sotana por miedo al lodo, y sus piernas flacuchas, envueltas en medias negras, terminaban en enormes zapatos llenos de barro.

Juana bajó los ojos para no verle; y Rosalía, que lo sabía todo, se puso furiosa. Iba murmurando:

—¡Villano! ¡Villano!

Y de pronto, agarrándose á su hijo:

—¡Dale un latigazo! le dijo.

Pero el joven, al pasar junto al sacerdote, hizo que se hundiese una rueda en la cuneta, y

una ola de lodo saltó, cubriendo al eclesiástico desde los pies á la cabeza.

Y Rosalía, radiante, se volvió para enseñarle el puño, mientras el sacerdote se limpiaba con su pañuelo.

Cinco minutos llevaban andando, cuando Juana exclamó:

—¡Se nos ha olvidado *Matanza!*

Fué preciso detenerse, y Dionisio se bajó y fué á buscar al perro, mientras Rosalía tenía las riendas.

Volvió el joven, llevando en brazos al grueso animal, informe y pelado, y lo depositó en la falda de las dos mujeres.

Dos horas más tarde detúvose el coche delante de una casita de ladrillo, edificada en medio de un verjel plantado de perales á orillas de la carretera.

Cuatro pabellones enrejados, cubiertos de madreselvas y clemátides, formaban los cuatro extremos de este jardín, dividido en cuadritos de legumbres separados entre sí por estrechos senderos bordeados de árboles frutales.

Un seto vivo muy elevado rodeaba por todas partes esta propiedad, separada de la granja ve-

cina por un campo. Cien pasos delante de ella había una fragua. Las demás viviendas distaban de ella lo menos un kilómetro.

La vista se extendía alrededor por la llanura del país de Caux, sembrado todo de granjas que envolvían las cuatro dobles líneas de altos árboles que cerraban aquel espacio.

Apenas llegó Juana, dijo que quería descansar; pero Rosalía no se lo permitió, temiendo que se entregase á sus desvaríos.

El carpintero de Goderville estaba allí ya, avisado previamente para la instalación; en seguida empezaron á colocar los muebles que ya habían venido, esperando los que no habían llegado todavía. Esto ocasionó un gran trabajo y exigió largas reflexiones y dilatados razonamientos.

Al cabo de una hora apareció el carro en la empalizada, y hubo que descargarle, aunque llovía. Al llegar la noche la casa estaba en completo desorden, llena de objetos apilados por donde quiera; y Juana, rendida, se durmió apenas se tendió en el lecho.

Los días sucesivos no tuvo tiempo de enternecerse, por lo agobiada de cansancio que se

hallaba. Hasta experimentó cierto placer en hermostrar su nueva casa, pensando incesantemente en que su hijo iba á venir á verla. Las alfombras de su antiguo cuarto sirvieron para el comedor, que hacía tambien de sala, y con especial cuidado arregló una de las dos habitaciones del piso principal, á la que dió en su pensamiento el nombre de «Cuarto de Pollito;» ella se reservó la segunda; Rosalía se estableció en el piso segundo, junto al desván.

Arreglada tan cuidadosamente, la casita era una preciosidad; y los primeros días gustó mucho á Juana, por más que veía que le faltaba algo de que no se daba cuenta.

Una mañana, el pasante del Notario de Fécamp le llevó tres mil seiscientos francos, valor de los muebles que había dejado en el castillo, y que tasó un tapicero. Al recibir este dinero sintió un estremecimiento de placer, y en cuanto aquel hombre se marchó, apresuróse á ponerse su sombrero, deseosa de ir á Goderville cuanto antes para enviar á Pablo la suma inesperada.

Pero cuando iba por la carretera se encontró á Rosalía que volvía del mercado. Sin adivinar

toda la verdad, la criada concibió alguna sospecha; una vez que la supo, porque Juana no sabía ocultar nada, dejó en tierra la cesta para regañarla á sus anchas.

Y puesta en jarras, gruñó mucho; luego cogió á su señora con el brazo derecho, se colocó la cesta bajo el izquierdo, y en esta forma, sin dejar de refunfuñar, se puso en marcha hacia la casa.

En cuanto entraron, la criada exigió que la fuese entregado el dinero; Juana se lo dió, reservándose los seiscientos francos; pero Rosalía, puesta ya en guardia, descubrió la astucia, y la pobre madre tuvo que dárselo todo; sin embargo, la criada consintió en que este resto se le remitiese al joven.

Pablo dió las gracias al cabo de unos cuantos días. «Me has hecho un gran servicio, mi querida mamá, porque estábamos en una profunda miseria.»

A pesar de esto, Juana, no se acostumbraba á vivir en Batteville; parecía sin cesar que no respiraba como antes, que estaba aún más sola, más abandonada, más perdida. Salía para dar una vuelta, ganaba la aldea de Verneuil,